

Este trabajo es un estudio sobre una ciudad del sur de la República Mexicana, mirada a través de su principal fiesta. Esta ciudad es Oaxaca, que se caracteriza por su extremada multiculturalidad, puesto que en ella se encuentran, relacionan, confrontan y contrastan individuos pertenecientes a diversos grupos étnicos, dando como resultado un amplio abanico de formas de interacción social. Quien pasee por Oaxaca, la también llamada Perla del Sur, se encontrará con una ciudad en donde la matriz cultural prehispánica le ha heredado vestigios de lo que fueron grandes e importantes centros urbanos, ceremoniales, políticos o administrativos; donde el pasado colonial se manifiesta en el trazo de sus calles y en la conservación de innumerables edificios de esa época, que se erigen principalmente en el hoy considerado Centro Histórico, declarado por la UNESCO, en 1987, Patrimonio Cultural de la Humanidad. Si la arquitectura en Oaxaca es de particular importancia, no lo es menos la totalidad de habitantes que viven en esos espacios y hacen de ella una urbe con perfiles de especificidad muy acusados. Inmigrantes europeos, estadounidenses y latinoamericanos, criollos, mestizos e indígenas de diversos grupos etnolingüísticos residen en Oaxaca; cada uno de ellos le ha aportado diversas características de sus culturas de origen, dando como resultado una mezcla de distintas tradiciones que la ha enriquecido, proporcionándole una personalidad propia y, por ello, diferenciada del resto de ciudades mexicanas.

La ciudad de Oaxaca es el centro político, económico y cultural (entre otros aspectos) del estado del mismo nombre; fue fundada en el siglo XVI sobre Huaxyácac, un antiguo asentamiento militar erigido un siglo atrás, desde el que los aztecas dominaban la región, en la que

también se encontraban presentes los zapotecos y mixtecos. Enclavada en un angosto y fértil valle, la Huaxyácac prehispánica quedaba dentro del corredor comercial que unía el Altiplano central con la ahora Centroamérica; esa ubicación fue de especial importancia en su fundación como ciudad española (llamada en sus inicios Antequera), ya que con ella se unía el territorio de la Puebla de los Ángeles y la lejana Guatemala¹.

La Oaxaca de ahora no se parece a ninguna otra ciudad mexicana. Sería imposible enlistar todas y cada una de sus particularidades, aunque someramente podríamos mencionar algunas de las que se nos vienen a la cabeza, en este momento en que la recordamos, como la arquitectura de su Centro Histórico², que denota su pasado colonial, y que fue trazado en forma de cuadrícula por Alonso García de Bravo³, quien puso especial cuidado en buscar las coordenadas exactas para que la ciudad fuera iluminada por la luz del sol, desde que saliera hasta que se escondiera detrás de las montañas que la rodean. En ese centro se encuentran también innumerables templos y conventos, algunos de ellos verdaderas joyas del arte barroco, en los que todavía resuena, de vez en vez, la música que en el virreinato compusieron los maestros de capilla de la Catedral, para los actos litúrgicos solemnes que en ella se realizaran⁴.

¹ Entre los trabajos sobre la ciudad colonial sobresale el de Chance (1993), que es un estudio sobre las relaciones interétnicas habidas en la ciudad.

² Sobre la arquitectura colonial de Oaxaca y/o los monumentos que en ella se erigen se encuentran, entre otros, los trabajos de Benítez (1934), que resalta los valores arquitectónicos de la catedral oaxaqueña, consagrada en 1732, y la compara a las de Morelia y Zacatecas; Toussaint (1983), que una parte de su obra la dedica a describir diversos edificios coloniales de la ciudad; Hernández (1988) y Esparza (1996) sobre el convento de Santo Domingo de Guzmán; Castañeda (1997), sobre la historia del templo de los Siete Príncipes; Mullen (1975), sobre la arquitectura dominica del siglo XVI, o Gobierno del Estado de Oaxaca (1986), que presenta una descripción de los edificios principales del centro de la ciudad, lo mismo que Velasco (1999).

³ Sobre este personaje véase el trabajo de Iturribarria (1957).

⁴ En lo que respecta a la música y músicos de la Catedral de Oaxaca, durante el período colonial, véase a Lizama y Traffano (1998).

A su vez, las artesanías de madera, barro, cuero, hojalata, lana, palma y algodón, llenas de colores vivos, que se miran a través de los cristales de los escaparates de las céntricas tiendas, manifiestan la creatividad que los indios han prodigado a la ciudad. En sus mercados se comercian productos diversos procedentes de todas las regiones del estado; se ofrece en venta el mezcal, destilado del agave, para el aperitivo; *chapulines*, para poner en los tacos o en las quesadillas; gusanos de maguey para preparar salsas; tasajo y cecina (cortes de carne de res y cerdo, respectivamente), para asar y comer en el mismo mercado; *nenguanitos* y *mamones* como postre, o *pan de yema* o *de Tlacolula*⁵, para llevar a las casas a fin de acompañar el chocolate que se sirve en la cena.

Las plazas públicas son, los fines de semana, espacios para el arte popular: conjuntos de danzantes y bailadores, de músicos, cantantes y poetas se mezclan con un sin fin de turistas que llegan, desde diversas partes del mundo, atraídos por las singularidades oaxaqueñas que las dependencias estatales y las agencias de viaje han sabido vender muy bien. En la Alameda de León, en el atrio de la Catedral y en el zócalo (el parque principal) se dan cita los oaxaqueños confesando los contrastes que vive la ciudad misma. Funcionarios estatales y empresarios (con sus escoltas) recorren los cuatro lados del lugar, lo mismo que las mujeres del servicio doméstico y los militares, que el domingo gozan de un día libre. Ahí se encuentran los oaxaqueños provenientes de todos puntos de la urbe y de todas las clases sociales. Se confunden entre los vendedores ambulantes, de globos, helados o golosinas; con los niños “boleros” o limpiadores de calzado; con las indígenas triquis que ofrecen a los turistas ropa “típica” (oaxaqueña y guatemalteca); con los mendigos que, al hablar, denotan su origen indígena. Todos se dan cita en ese céntrico

⁵ Los *mamones* y *nenguanitos* son dulces típicos oaxaqueños. El *pan de yema* y el *pan de Tlacolula* (este último lleva el nombre de su lugar de origen, aunque en la actualidad es producido, también, en numerosas panaderías de la ciudad) son igualmente característicos del estado. Estos dos tipos de productos se ofertan en los mercados de la ciudad, y son adquiridos no sólo por turistas y visitantes, sino básicamente por la población local. Los panes acostumbran servirse junto al “chocolate de leche”.

lugar, pero ninguno se mezcla con los otros; cada quien posee sus espacios específicos de acción; los turistas, funcionarios y empresarios, lo mismo que las clases altas abarrotan los cafés que rodean el zócalo; algunos otros (que están en posibilidades de ello), dirigen sus pasos al mercado y comen *tlayudas* o *memelas* a sus alrededores, en algunos puestos ambulantes⁶; los demás siguen recorriendo los lados del zócalo, hasta las nueve de la noche, cuando se suspende en la ciudad el servicio de autobuses urbanos⁷.

Colores, olores, sabores y sonidos proporcionan una textura particular a la ciudad, que es elogiada en las canciones vernáculas; exaltada en innumerables poemas; evidenciada en óleos y acuarelas y experimentada por los visitantes al recorrer sus calles. Es por ello que entre los trabajos existentes en la ciudad, sobresalen por su número, los realizados por escritores locales, artistas o periodistas, quienes la describen como una ciudad que conserva su pasado colonial, y en donde lo indígena aparece como un elemento folklórico, haciendo de ella una ciudad “pintoresca”⁸. A través de sus discursos –algunos de ellos de un barroquismo sin par- han ido produciendo imágenes diversas sobre la ciudad y sus habitantes, todas valoradas positivamente, porque ensalzan su tierra natal, reconstruyendo de esta forma su historia, sus diversas tradiciones y sus diferentes modos de vida.

⁶ Las *tlayudas* son tortillas duras de maíz, de unos treinta centímetros de diámetro, a las que se les agrega manteca de cerdo, frijoles, repollo, queso y salsa (la carne es opcional) y se tuestan sobre un brasero. Las *memelas* son igualmente tortillas de maíz; los contornos se pellizcan con la mano, como queriendo levantar un pequeño borde. Se les pone manteca de cerdo, frijoles, queso y salsa picante.

⁷ Véanse las descripciones de Murphy y Stepick (1991) sobre la ciudad de Oaxaca, tanto del centro histórico como de las colonias marginadas.

⁸ Ejemplo de éstos son las publicaciones de tipo anecdótico, como las de Rosas (1971, 1978); Altamirano (1990); Ramírez (1990), Velasco (1995) o Larumbe (1998). Estas obras constituyen una fuente importante de información, no sólo porque proporcionan diversos datos sobre hechos acontecidos en las últimas décadas, sino porque nos permiten acercarnos a los imaginarios que los diversos sectores se forman de la ciudad en que viven.

Pero, al mismo tiempo, esos discursos ocultan las múltiples problemáticas que se vive en los asentamientos periféricos, donde habitan los marginados; no se habla de las colonias donde el índice de criminalidad es elevado; de la falta de trabajo y del porcentaje de desempleados; ni siquiera de los pueblos connurbados donde los habitantes locales han ido cediendo sus espacios y tierras a fraccionadores y a nuevos vecinos, que los van desplazando día con día. La Oaxaca de hoy es muy compleja y contradictoria; por eso solamente se expone a los demás aquellos elementos valorados positivamente, como el Centro Histórico. Oaxaca es algo más que descripciones románticas salidas del ingenio de los intelectuales locales, a quienes su mundo de vida cotidiana se ha impuesto, caracterizando con ello sus escritos. Lo que haremos aquí será realizar una mirada indiscreta, observar aquello que se esconde detrás de esas imágenes de la ciudad y documentar, al menos en parte, cómo la ciudad es vivida por sus habitantes.

1 OAXACA EN TRES MOMENTOS

La primera ocasión que tuvimos la oportunidad de conocer la ciudad de Oaxaca fue en junio de 1993, en el marco de un programa de becas auspiciado por la Academia Mexicana de Ciencias, denominado “III Verano de la Investigación Científica”, que tenía por objeto vincular a los estudiantes de licenciatura con investigadores del país. Nuestra opción por Oaxaca no residía en el lugar sino en los investigadores con los que deseábamos trabajar, Miguel Bartolomé y Alicia Barabas⁹, quienes habían escrito un trabajo sobre los mayas de Quintana Roo, el grupo étnico sobre el que pretendía hacer la tesis de licenciatura¹⁰. Mi experiencia de aquel verano fue totalmente distinta a lo planeado. De entrada, una de las primeras tareas encomendadas fue “conocer la

⁹ Miguel Bartolomé y Alicia Barabas son profesores-investigadores del Centro Regional Oaxaca del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

¹⁰ La tesis *KYum Sma Cruz. El sustento identitario de los mayas cruza'ob*, fue presentada en junio de 1995 en la Facultad de Ciencias Antropológicas de la Universidad Autónoma de Yucatán.

ciudad”, puesto que era necesario que un antropólogo en ciernes pudiera darse cuenta de la multiculturalidad existente en ella, para así ampliar un poco más su visión. No negamos la sorpresa que nos produjo al inicio la ciudad, tanto por sus mercados, sus plazas y templos, como por su gente, por la variedad de sus vestuarios y por lo ininteligible que se nos hacían sus lenguas. Como parte de la misma experiencia del verano, realizamos también trabajo de campo entre los zoques de la Selva de los Chimalapas y con los chinantecos que habitan en el Valle de Uxpanapa¹¹. Estas tres experiencias nos permitieron observar, aunque de modo muy general, la enorme diversidad étnica existente en ese estado de la República Mexicana.

En junio de 1994, una vez finalizado el último semestre de la licenciatura en Antropología Social en la Universidad Autónoma de Yucatán, la Academia Mexicana de Ciencias nos volvió a otorgar una beca para participar en el “IV Verano de la Investigación Científica”. Nuevamente trabajamos en Oaxaca, pero en esta ocasión con Jorge Hernández Díaz¹², cuyas líneas de investigación giraban en torno a las identidades y las relaciones interétnicas. En ese verano realizamos trabajo de campo con los huaves de San Dionisio del Mar, localidad ubicada en la región del Istmo de Tehuantepec, tratando de documentar sus experiencias de vida y los conflictos que mantenían con pueblos zapotecos de su entorno. Como producto de los resultados entregados se nos hizo la invitación para trabajar como asistentes de investigación en el Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca (IISUABJO), integrándonos al proyecto “Cultura e identidad étnica en la región huave”, dirigida por el Dr. Hernández.

¹¹ En el caso de los zoques, el proyecto de investigación al que fuimos incorporado tenía como objeto analizar los procesos de pérdida lingüística. Con los chinantecos de Uxpanapa se buscaba dar seguimiento a los procesos de cambio cultural, producto de la relocalización que sufrieron en los años setenta, a causa de la construcción de un presa que inundó sus pueblos originales.

¹² Jorge Hernández Díaz es profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Sociológicas de la Universidad Autónoma “Benito Juárez” de Oaxaca.

II

Como antropólogos en Oaxaca trabajamos en el estado por más de cuatro años con diversos grupos etnolingüísticos, entre los que sobresalen los huaves y los cuicatecos, con los que realizamos prolongadas estancias de campo en sus poblaciones, así como diversos recorridos etnográficos llevados a cabo entre los chontales, los zapotecos del Istmo, los Valles Centrales y la Sierra Juárez, los chatinos de la Costa, los mixes, los mazatecos, los amuzgos, los nahuas y los negros. De esta manera, conocimos una parte del territorio oaxaqueño, logrando con ello obtener un panorama global de la multiculturalidad existente en él, así como de las problemáticas por las que atraviesan los grupos étnicos. Resultado de estas experiencias de trabajo ha sido la publicación de diversos ensayos, en los que exponemos nuestra particular visión sobre estos grupos¹³.

Si bien una parte de nuestro trabajo estaba vinculada a poblaciones del interior del estado, en las que residen los miembros de estos grupos, la otra estaba inscrita en la ciudad de Oaxaca, donde realizábamos el trabajo de gabinete. Nuestra inserción en la vida de la ciudad no fue del todo sencilla, puesto que como ajenos y extraños a las costumbres oaxaqueñas, éstas siempre eran objeto de reflexión. Por ello, en un inicio, tratamos de participar –en la medida de nuestras posibilidades– en todas aquellas manifestaciones de “lo oaxaqueño”. Las tradiciones del lugar, los barrios y sus fiestas, los mercados, las artesanías elaboradas por indígenas, la diversidad étnica, la arquitectura colonial, entre otras muchas manifestaciones, fueron nuestro primer acercamiento a la ciudad. No podemos negar que, al inicio, fuimos seducidos por “lo exótico” de las fiestas de los barrios, de las vestimentas indígenas, de la gastronomía local, de las variedades de objetos que se pueden encontrar en los mercados de la ciudad, por el clima mismo, templado y agradable; por toda una ciudad llamada “de los sentidos”, un nombre que por medio de nuestra experiencia logramos llegar a

comprender. A través de todo ello contrastábamos nuestra experiencia de vida previa, tenida en otra ciudad mexicana, y en un juego de las identificaciones y las diferencias nos insertábamos en la vida oaxaqueña, que se convertía, así, en el contexto en el cual desarrollábamos nuestras actividades profesionales y nuestra vida misma. A pesar de que nuestra ciudad natal y Oaxaca son parte del mismo país, nos parecía que formaban parte de realidades nacionales distintas.

III

Todas estas imágenes presentadas brevemente y obtenidas a lo largo de los cuatro años en que fuimos residentes de la ciudad han sido los detonantes desde los que fue construido el proyecto de investigación y nuestro posterior trabajo sobre la ciudad. Muchas de las experiencias fueron obtenidas como parte del estar ahí, no pretendiendo una supuesta autoridad etnográfica, sino sencillamente porque era el entorno en el que desarrollábamos nuestras labores profesionales. No obstante, de algunas de ellas tomábamos notas o recortábamos información periodística que nunca llegamos a clasificar (y que se perdió en uno de los múltiples cambios de casa que tuvimos en ese período) que nos proporcionaron imágenes de diversas partes de la ciudad¹⁴.

El problema que ha significado para nosotros esta vivencia particular afloró de manera evidente en los diferentes ensayos que realizamos en Tarragona, España, en el marco del programa de Doctorado en Antropología Urbana de la Universitat Rovira i Virgili. En ellos reflexionamos sobre nuestras vivencias en Oaxaca y las tomamos como fuente de información etnográfica. Esto implicó tomar distancia con respecto a nuestra propia experiencia, convertirnos en nuestros propios

¹³ Hernández y Lizama (1996); Lizama (1998, 1998^b, 1999^a y 1999^b), entre otros.

¹⁴ Durante los cuatro años de estancia en la ciudad, residimos en los siguientes lugares: Fraccionamiento del ISSSTE (norte); Barrio de Xochimilco (donde es posible encontrar talleres de artesanos textiles y hojalateros); Colonia Reforma (norte), San Felipe del Agua (pueblo conurbado de la ciudad), San Francisco Tutla (pueblo ubicado a cinco minutos de la ciudad de Oaxaca, sobre la carretera que conduce al Istmo de Tehuantepec), Barrio de la Soledad (Centro Histórico) y Colonia Jiménez Figueroa (Centro Histórico).

informantes, recapitular sobre acontecimientos varios que fueron vividos en situaciones diversas, en contextos particulares y como parte de uno de los múltiples roles que desempeñamos como individuos que habitaban en la ciudad, y como antropólogos que trabajaban con diferentes grupos etnolingüísticos del estado. Hacerlo ha significado una experiencia difícil, no exenta de problemas, porque en el proceso de hacer hablar a los recuerdos es imposible muchas veces separar los datos etnográficos de las cuestiones emotivas que en ocasiones les dieron origen; ya lo habían dicho los fenomenólogos: el resultado de la acción varía de acuerdo a la intencionalidad que la motive. En ese sentido, nuestra experiencia no fue realizada con el deseo firme y explícito de hacer etnografía. Con todo, fue necesario retomarla, no sólo para contrastar nuestras experiencias a la luz de las corrientes teóricas que nos encontrábamos estudiando, sino para obtener elementos que nos permitieran elaborar un discurso científico a través del cual plantear qué es lo que queríamos estudiar en Oaxaca, además de identificar los elementos principales a los cuales deberíamos de abocarnos en el trabajo de investigación que realizaríamos posteriormente. Parte de lo reflexionado a distancia es lo que sigue.

2 PUNTOS DE PARTIDA

Al comenzar nuestra residencia en Oaxaca, en 1993, pudimos percibir que la ciudad era nombrada de diferentes formas; apelativos que se nos hacían difíciles de comprender en esos momentos, debido a nuestros escasos conocimientos sobre la historia y las costumbres locales. La antigua Huaxyácac, la Verde o Vieja Antequera, el ex Marquesado del Valle, la Perla o la Sultana del Sur, se combinaban con etiquetas tales como "la Ciudad de los Sentidos" o "la Ciudad de las fiestas". Cada uno, sin duda, tenía algo a qué referir; eran nombres que habían sido otorgados en diversas épocas, que hacían alusión a ellas y, también, a la forma particular con que los habitantes miraban su ciudad. Unos remitían a su historia; otros lo hacían a sus costumbres; ambos se mezclaban en el escenario de las representaciones sociales y todos se

valoraban positivamente. El pasado prehispánico y el presente indígena son elementos distintivos de la ciudad; forman parte del *ethos* de la urbe; pero Oaxaca es también conocida como "el Marquesado del Valle", un nombre que evoca la estructura social del período colonial, que se reproduce de diversas formas en la actualidad y que, al igual que el mismo apelativo, sigue vigente en el imaginario de los oaxaqueños. Los nombres funcionan como categorías que ayudan a los urbanitas a ubicar su ciudad en un momento específico, a través de la referencia histórica o de las formas culturales consideradas como propias. En el teatro de las representaciones colectivas, los diversos actores sociales crean símbolos, los enlazan a un pasado, y a través de ellos se representan.

I

¿A qué nos referimos cuando hablamos de "la cultura oaxaqueña"? No es fácil de contestar, porque "lo oaxaqueño", como cualquier otra forma cultural, no es resultado de un proceso autónomo, exclusivo y excluyente, sino de uno en el que han participado diversos individuos de la más distintas filiaciones étnicas. Indios, mestizos, criollos y europeos han sido sus principales protagonistas; todos han contribuido con elementos culturales diversos que, a lo largo del tiempo, se han ido uniendo, mezclando, fundiendo, dando como resultado una cultura específica que, por ello mismo, es diferenciada y diferenciadora. Lo "oaxaqueño", en sí mismo, no refiere a la cultura de un sujeto en particular o de un grupo étnico específico sino que es aplicable a todos los que habitan en el territorio que ocupa la entidad federativa, a pesar de las diferencias nítidas que existen entre ellos. Sin embargo, el concepto "cultura oaxaqueña" es utilizado para referirse tanto a la cultura del estado de Oaxaca como a la de la ciudad de Oaxaca. En ese sentido, cabría preguntarnos si hablamos aquí de dos culturas distintas. En un sentido estricto diríamos que no; que la segunda participa de la primera; aunque, también, debemos de reconocer que en la ciudad, la así llamada "cultura oaxaqueña" adquiere elementos que la hacen particular

y que, en ocasiones, pueden ser utilizados por los urbanitas para diferenciarse del resto de los habitantes del estado. La "cultura oaxaqueña" es un nivel de abstracción que se utiliza para referirse a un conjunto de elementos inherentes a la vida social, cuya especificidad y diferenciación está dada en la medida en que algunos de sus elementos son asumidos y empleados por los actores sociales, en sus contextos particulares de acción.

La cultura es la expresión simbólica de la sociedad; según Geertz (1989:24), es un repertorio de pautas de significado que se encuentra presente en todas partes y que manifiesta una forma del ser social. En este sentido es diferenciadora, puesto que a culturas distintas corresponderán actores sociales diferentes. No obstante, cuando los individuos buscan marcar su diferencia frente a otros, lo que hacen es una selección de algunos elementos culturales, que son utilizados como las señas de su identidad. Así, los oaxaqueños utilizan como signos de diferenciación (y por ende, como sustento de sus identidades sociales) elementos considerados como propios, es decir, objetos culturales sobre los que ha habido una reflexión que les concede no sólo un valor sino una representatividad. Éstos pueden ser la gastronomía, las bebidas alcohólicas, los dulces regionales, la música vernácula o las danzas folklóricas (entre otros muchos). En ellos se evidencia el encuentro de diversas culturas, de distintas formas particulares del ser, que han construido a lo largo del tiempo la "cultura oaxaqueña".

II

Cuando se habla de Oaxaca como una ciudad "de las tradiciones" se está indicando que, del conjunto total de elementos culturales, se ha realizado una selección para que a través suyo la urbe sustente su diferencia con respecto a ámbitos que pueden ser, tanto los regionales (al interior del estado o al interior de la región geográfica del país), los nacionales (el conjunto de ciudades mexicanas), los continentales (las demás ciudades

latinoamericanas) o bien, los mundiales (el resto de ciudades del mundo). Estas "tradiciones" conforman un conjunto de elementos diversos, entre los que se encuentran las fiestas, la arquitectura y otros más que hemos mencionado anteriormente. En cuanto que otorgan a ésta su carácter se convierten en "característicos", y en cuanto que tipifican a la urbe se vuelven "típicos" de ella. Por eso son considerados como propios, únicos y exclusivos del lugar, porque a pesar de que puedan encontrarse elementos semejantes en otros sitios, en Oaxaca se les concede una especificidad -real o imaginaria-, que sirve para sustentar su particularidad. Las tradiciones pueden ser observadas en la vida cotidiana; son símbolos que refieren a la *mismidad* de Oaxaca y, como tal, se muestran, se exhiben, se manifiestan tanto a quienes son del lugar como a los que somos extraños a él. Son percibidos a través de los sentidos, que captan el caleidoscopio de imágenes (y sensaciones, valga la redundancia) y los integran -según el momento y la situación- en una sola.

III

¿Quiénes presentan las propuestas de representación social de la urbe? Sin duda alguna, la imagen de la que actualmente goza Oaxaca ha sido fruto de la construcción social de los que en ella habitan, de los oaxaqueños que han aceptado una forma particular de simbolizar su ciudad y representarse a ellos mismos. Pero esta imagen, a pesar de haber sido resultado de la cooperación de un conglomerado social, que ha trabajado como obrero en su erección, ha tenido a sus ingenieros y arquitectos, a los diseñadores, a los que han concebido una forma específica de imagen a través de la cual vestir a la ciudad. ¿Quiénes son estos profesionistas de la imagen? y ¿a qué refiere la imagen que plantean? Esas preguntas nos las hicimos (aunque de forma distinta) desde que comenzamos a ser residentes de la ciudad; de alguna manera intentamos darles respuesta en este trabajo. Nos ha interesado mirar a través de la imagen creada, ver qué es lo que existe detrás de ella, la

forma en que se apuntala y las redes de poleas y andamios que han sido necesarias para levantarla.

IV

En Oaxaca es posible encontrar a individuos pertenecientes a la totalidad de los grupos étnicos que residen en el estado. Esta vertiente multicultural es una de las características que más llaman la atención de los extranjeros, puesto que la especificidad étnica puede observarse, en un primer momento, a través de la vestimenta de las mujeres indígenas. En nuestro caso, comenzamos un paulatino conocimiento, que posteriormente nos hizo poder clasificar a los actores sociales dependiendo de su forma de vestir. Triquis, zapotecos del Istmo, del Valle y de la Sierra, chinantecos, mazatecos, amuzgos, tacuates son grupos a cuyos miembros es posible identificar a través de los huipiles que portan. No obstante, el vestido tradicional masculino ha dejado de ser utilizado; en otros grupos indígenas, incluso ha desaparecido el vestido tradicional de la mujer indígena. Esto acarrea un problema de clasificación en el seno de la ciudad. Una persona necesita saber quién es el individuo con el cual se encuentra interactuando; esto es fundamental, porque con base en ello se desarrollará una forma particular de relación; por eso, si no existe una manera tan evidente -como el vestido- para saber o definir con quién nos relacionamos, es necesario crear un sistema clasificatorio que nos permita hacerlo. En Oaxaca, éste reduce la diversidad de grupos autóctonos existente en el escenario urbano en los términos "indio", "indígena", "indito". Son varios los elementos a través de los cuales se define a una persona como parte de esas categorías, y una definida, no importará saber a qué grupo etnolingüístico específico pertenezca el individuo, puesto que para la clasificación social, todos los que están dentro de una categoría mantendrán elementos comunes, que permitirán la generalización y, por ende, la disolución de las especificidades.

V

¿Cómo se desarrolla la interacción social entre la diversidad existente en la ciudad de Oaxaca?, ¿cuáles son las líneas o mecanismos que estructuran las relaciones sociales? A partir de esto ¿qué es lo que se puede decir de una ciudad como Oaxaca? Fueron algunas de las preguntas que nos hicimos al comenzar a esbozar el proyecto de investigación. Nuestra experiencia anterior en la ciudad nos permitió observar que las tradiciones, las fiestas y los mismos adornos con los que la ciudad se engalanaba habían sido elaborados por una multitud de actores sociales pertenecientes a diferentes grupos étnicos. Por tanto, pretendimos tomar una de estas caretas de la ciudad, a fin de observar a través de ella la forma en que los individuos se relacionaban. Esa "tradicción", esa "fiesta" fue la Guelaguetza, que ha sido denominada como "la máxima fiesta de los Oaxaqueños", en cuanto que los representa y simboliza. Su estudio nos ha llevado a abordar el campo de la antropología simbólica, puesto que todo lo que en ella se realiza remite a realidades mucho más profundas. Así, la fiesta es un texto que hay que interpretar, que se "lee" -y ha sido leído- a partir de presupuestos básicos, teórico-metodológicos, que funcionan como códigos que permiten obtener una visión particular sobre el fenómeno. Pero también, el hecho de que la Guelaguetza sea representación, nos ha llevado a entrar en el terreno de la antropología política, puesto que, como símbolo, condensa una imagen construida por los propios actores sociales, que se sienten simbolizados a través de ella. Es un elemento particularmente importante del regionalismo oaxaqueño, que aquí trataremos de manera muy general y, sin duda, no con la importancia que merece.

Por último, es necesario señalar que nuestro trabajo se inscribe dentro del ámbito de la antropología urbana. El estudio de la Guelaguetza nos interesa en cuanto que puede ayudarnos a comprender qué sucede en las ciudades multiculturales y cómo la alteridad es

ordenada en su seno. En el estado de Oaxaca, en particular, la ciudad ha sido -hasta cierto punto- poco atendida por los antropólogos. Existen muy pocos estudios sobre ciudades oaxaqueñas que no sean la capital del estado¹⁵; incluso, sobre esta última la bibliografía es reducida en comparación con la que se ha producido sobre el espacio rural, que ha tenido en el grupo étnico y el campesinado a sus principales objetos de investigación¹⁶.

3 RECAPITULANDO

Una vez concluido el proyecto de investigación, alguno de sus lectores hizo las siguientes preguntas: ¿Por qué es importante hacer una descripción de la Guelaguetza? ¿qué espacio analítico se pretender llenar con este estudio? ¿qué se aporta? Es difícil responder, puesto que este trabajo inicialmente se hizo con el afán por enriquecer de manera general los pocos estudios antropológicos que existían sobre la ciudad de Oaxaca, sobre las relaciones interétnicas y, en particular, sobre las fiestas y tradiciones, estos últimos, sin duda, mucho más escasos. Creemos si hay alguna aportación ésta se encuentra en tratar de documentar la forma en que diferentes grupos interactúan entre sí en el seno de una sociedad multicultural, y las maneras que adopta la identidad de los distintos actores sociales que en ella habitan, teniendo para todo esto la disculpa de una fiesta.

El estudio de la principal festividad oaxaqueña nos ha llevado por caminos no previstos del todo antes de iniciar la investigación de campo; en concreto, nos ha llevado a introducirnos en los delicados senderos del regionalismo, por lo que hemos tenido, por tanto, que definir y replantear nuestras hipótesis de partida, nuestros métodos de estudio y nuestras perspectivas teóricas, a fin de no desorientarnos por el camino. El regionalismo, el sentimiento de pertenencia indiscutido a un pueblo, a un

¹⁵ Sobresalen entre éstos los estudios de Royce (1975), sobre Juchitán de Zaragoza, y el de Marroquín (1978), sobre Tlaxiaco.

¹⁶ Sobre los estudios urbanos realizados en la ciudad de Oaxaca volveremos en el capítulo

lugar, que es germen de los nacionalismos y parte específica de ese tipo de movimientos, genera emociones, propicia lealtades y puede derivar en fundamentalismos culturales. Aquí sólo hemos hablado brevemente de los símbolos del regionalismo oaxaqueño. Este es un trabajo que hasta ahora no ha sido realizado y que esperamos que posteriores estudios nos lo puedan ofrecer con la amplitud y profundidad que el tema merece.

4 LA ESTRUCTURA DE LA TESIS

Queda, por último, indicar la forma en que este documento ha sido estructurado. La información recopilada a lo largo del trabajo de campo, que complementó de manera abundante la ya obtenida a través de la recuperación de nuestra experiencia anterior en la ciudad, han sido las fuentes principales en las que se basa este trabajo. Los diversos capítulos que integran su estructura no siguen, necesariamente, un orden cronológico. En algunos casos se encontrará con que algunos, aparentemente están desligados del análisis de la fiesta en particular, pero que adquieren sentido con respecto a la totalidad de la obra. Haremos un resumen de ellos:

En el capítulo que hemos titulado "Huaxyácac, Antequera, Oaxaca...", tratamos de situar al lector en el escenario urbano. Para ello consideramos necesario, presentar primero al estado de Oaxaca y hablar de su situación pluriétnica, puesto que en él habitan individuos pertenecientes las 15 grupos etnolingüísticos que, históricamente, han residido en la entidad. Exponemos algunas de las problemáticas por las que atraviesa, abundamos sobre los grupos indígenas y sobre las estructuras económicas y sociales en que viven. Esta es la base para poder hablar de Oaxaca como una ciudad multicultural, donde se dan cita personas pertenecientes a algunos de estos grupos. Aquí presentamos una breve historia de la urbe, la presencia indígena en ella, las estructuras sociales en las cuales se inserta la interacción indios-

siguiente.

mestizos, además de que abundamos sobre las formas en que la ciudad ha sido pensada y vivida. Terminamos haciendo un paréntesis para explicar los términos más comunes utilizados en nuestro discurso.

En el tercer capítulo presentamos el calendario festivo oaxaqueño. Iniciamos haciendo un análisis del papel de las fiestas en la ciudad, en tanto referentes de identificación comunitaria a su interior; nos interesó también aquí plantear cómo las fiestas oaxaqueñas pueden servir como elementos que refieren a procesos sociales que se desarrollan en el seno de una urbe y que en el escenario festivo son reproducidos. El segundo acápite presenta una reconstrucción del calendario festivo, ordenado a través de los tiempos del calendario litúrgico; comenzamos con una breve descripción de la forma en la que se llevan a cabo las fiestas de los barrios o las colonias. Posteriormente, enlistamos las fiestas y describimos algunas de ellas. Es el ciclo ritual y festivo de una urbe que se ha llamado a sí misma "la ciudad de las fiestas". Nuestro objetivo al redactar esta parte giraba en torno a explicarnos por qué un lugar con tantas fiestas necesitó inventar otra que la representara y, en consecuencia, el porqué una de aquellas no fue seleccionada para hacerlo.

El capítulo dedicado al Homenaje Racial de 1932 abre un paréntesis entre el capítulo tercero y el quinto. Pareciera que se encuentra fuera de lugar en el conjunto del texto. Inicialmente, incluso, no habíamos planeado redactarlo como tal, sino incluirlo en otro, puesto que se decía que el modelo que seguía la Guelaguetza estaba tomado de esta celebración de los años treinta. Sin embargo, al analizar el conjunto de festejos del IV Centenario de la elevación de Oaxaca a la categoría de Ciudad, vimos la necesidad de abundar más sobre este hecho, puesto que por medio de él nuestro discurso posterior sobre la fiesta, sería mejor comprendido. Aquí, entonces, hablamos de los años posrevolucionarios, de las políticas dirigidas hacia la población indígena; estudiamos las

formas en que éstas fueron seguidas en el estado de Oaxaca, presentando, también, la situación de la ciudad en los años treinta. Los segmentos siguientes, abundan sobre los festejos del IV Centenario, el programa de actividades que se siguió, concediendo mayor espacio al análisis del Homenaje Racial, supuesto origen de la actual Guelaguetza.

En el capítulo cinco iniciamos ya el estudio de la fiesta en sí. En él se presenta una reconstrucción del proceso histórico que ha seguido por un lapso de setenta años, comenzando con la descripción de la forma en que se llevaban a cabo los llamados Lunes del Cerro en los años treinta del siglo pasado, siguiendo con su transformación en la actual Guelaguetza y el desarrollo que ha tenido hasta convertirse en la máxima expresión del oaxaqueñismo. No es una descripción histórica detallada, sino el recuento de procesos que se desarrollaron hasta llegar a convertir la fiesta tal como actualmente la observamos. El siguiente capítulo lo dedicamos a analizar lo que hemos denominado "rituales" de la fiesta, es decir, aquellas actividades celebradas en el contexto de la fiesta urbana y creadas como un complemento de la misma. Iniciamos analizando el sustento literario de la Guelaguetza, la serie de discursos que sobre la Guelaguetza se han creado y que son elementos que sirven para legitimarla, en cuanto que narran su historia y la enlazan a un pasado inmemorial. Esto nos llevará, después, a poder analizar los contenidos que se expresan y comunican en el Bani Stui Gulal (Repetición de la Antigüedad, en zapoteco), un espectáculo que narra la historia de la fiesta, y el concurso Diosa Centéotl. Los otros rituales la representación de la Leyenda de la Princesa Donají, y el desfile de Delegaciones, llamado comúnmente la Calenda de la Guelaguetza.

El capítulo siete lo dedicamos al análisis de la fiesta urbana. Para esto, discutimos, primero, los significados que la palabra *guelaguetza* tiene en el contexto urbano y que son diferentes a los otorgados en las poblaciones indígenas. Después hacemos una presentación etnográfica de

la fiesta, que nos servirá para, posteriormente, estudiar a los actores sociales que en ella participan. Presentamos aquí a las delegaciones que acuden al cerro del Fortín, a los organizadores de la fiesta y los conflictos que se suceden. Un acápite más abunda en la concepción de lo "auténtico" en la ciudad, un término sobre el que se basa la realización de la fiesta. El capítulo ocho aborda la Guelaguetza como patrimonio de los oaxaqueños, también legitimadora del orden social en la ciudad de Oaxaca, así como elemento a través del cual se construye simbólicamente la ciudad. En este mismo sentido, terminamos hablando de las otras Guelaguetzas, es decir, de las representaciones que se llevan a cabo fuera del escenario urbano y que sirven, entre otras cosas, para construir simbólicamente el estado de Oaxaca.

Por último, las conclusiones están dirigidas a retomar nuestros puntos de partida, a contestarnos las preguntas que nos hicimos antes de iniciar la investigación, de unir los diversos segmentos que dividen este texto y presentarlos como una unidad que adquiere sentido a través de la diversidad de sus partes. Tratamos en todo ello de analizar la forma en la cual se organiza la interacción social entre indios y mestizos, y acercarnos a observar qué es lo que permite que se lleve a cabo de una forma específica. Todo lo dicho hasta aquí y presentado de manera sintética será tratado más ampliamente en las siguientes páginas, cuando nos adentremos en el estudio de una ciudad mirada a través de su principal fiesta.